

CONCURSO DE CARTAS DE AMOR BIBLIOENAMÓRATE 2026

MODALIDAD MAYORES DE 18 AÑOS

CARTAS DIARIAS PARA SOLEDAD

La Casona, viernes 11 de agosto de 2023

Querida mía:

Estás haciendo mermelada frente a la vieja mesa, en esta cocina que tanto te gusta.

Los muebles de madera oscura disimulan los arañazos con varias capas de barniz, tapetes de vainica y cojines hechos de retales estampados que tú misma has cosido.

En el sofá de la sala descansa una pesada manta con entramado de hilos gruesos y delante una mesita de cristal con las patas de alabastro, sobre la que languidece desde hace meses un cestillo de mimbre lleno de siemprevivas.

Las flores secas crujen si las toco. Todo en esta casa cruje como deseando perder su inmovilidad sólo alterada por el tic tac del reloj de bronce sobre la chimenea.

Tenemos un huerto generoso, colmado de frondosidad por el agua abundante de la acequia. Del jardín exterior hoy has traído un ramo de rosas, de esas con poco tallo y mucha modestia que crecen al sol sin químicos, en una existencia efímera cargada de perfume. Me has pedido que quite las espinas y te he dicho que sí, porque nunca podré negarte nada. Vas deshojando los pétalos, que caen como una lluvia roja dentro del cuenco de arcilla de la abuela. Tus manos delicadas parecen dos palomas blancas intentando acomodarse en un nido de barro. Llevas los pies calzados con sandalias de cuero y las uñas pintadas de color azul eléctrico, que destacan como libélulas sobre las baldosas de terracota. La falda tiene el largo justo para dejar entrever el suave contorno de tus tobillos.

Pones el zumo de un limón y tres partes de azúcar. Añades agua de rosas y sigues removiendo la mezcla lentamente. El suave movimiento de los brazos se extiende a tus caderas y deseo ser parte de la cinta que anuda el delantal a tu cintura. O quizás del mechón de pelo oscuro que escapa de tu trenza y baja ensortijado hasta media espalda. Y luego anheló ser el latido imperceptible que se agita en tu cuello, con un deseo intenso y arrollador que acaba, como siempre, en una añoranza dolorosa.

Ahora pones la mezcla al fuego en una olla y añades clavos de olor y una pizca de canela. Entonces adviertes mi silencio, intuyes que espío una vez más todos tus gestos. Levantas la cabeza y me sonríes

—¿Y qué tanto me miras?— me preguntas

—Estoy pensando con qué parte de ti me quedaría. Pero no me decido — te respondo.

—Puedes quedarte con todo el conjunto— me contestas —Hace tiempo que tienes mi permiso.

Ríes con una carcajada amplia, casi musical, que me recuerda al sonido del viento cuando se mece en el carillón de cristales de colores a la entrada del patio.

*Sigues removiendo con el cucharón la mezcla de la olla. Por el agradable olor que inunda la cocina, la mermelada debe de estar ya casi lista.

Sobre la mesita de la galería he puesto el servicio de desayuno para dos, el de las ocasiones especiales con el finísimo mantel de hilo. Sobre él coloco el pan recién horneado, la mantequilla y un frasco de mermelada de pétalos de rosa, el último que nos queda de la que hiciste el verano pasado.

— Desayunemos — te digo— Siéntate aquí a mi lado.

Pero el silencio desdice mis palabras obligándome a aceptar de nuevo el porque ya no me miras, ni me oyes. Acaricio tu alianza que desde hace un año llevo colgada al cuello. El metal está cálido por el contacto con mi piel. Me recuerda sin piedad que

hoy es el primer aniversario de tu muerte. De una muerte temprana y repentina que me dejó sin ti y sin esperanza.

Ahora cuido tus rosas. Y cuando la tristeza se me hace insoportable recorro las estancias frías de esta casa antigua, maldiciendo y rogando en igual forma. Golpeo con los nudillos las ásperas paredes. Hago añicos la imagen de los espejos. Las familiares ausencias de los retratos comprenden y no juzgan mi locura. Busco mi corazón, que estará dondequiera que sea que esté el tuyo. Y como cuando éramos novios, amando en la distancia impuesta por la vida, una carta te escribo cada día. Una sin cortapisas ni reparos, solo para decirte que mi amor se empeña en ser más grande que la muerte. Que ruego a Dios me sea bondadoso y me otorgue el sosiego que llega con el sueño y el consuelo de tu presencia apenas me despierte.

Por si la muerte y la noche son oscuras, dejaré encendida la luz que da al camino.

Un día más te espero en La Casona; no me falles.

Siempre tuyo,

Gabriel